

LA JUVENTUD

REVISTA
BISEMANAL
LITERARIA

Orquídea

PEYRÓ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Lorena, un mes, 0'35 cts.—Fuera, trimestre, 1'25 cts.
El pago es adelantado

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Colón, (Teatro)
Director propietario, D. Casimiro Ruiz Gómez.

AÑO I.

JUEVES 3 DE SEPTIEMBRE DE 1896

NÚM. 21.

El criminal y la conciencia

Voy con mi tosca pluma y escasas facultades, á relatar la confesión, que un sentenciado á cadena perpétua, me hizo en el penal donde estaba purgando ésta en expiación de su culpa: dijo así:

Yo era un hombre honrado, trabajador, amante de mi familia y respetado por la sociedad. Con mi oficio de pintor, ganaba lo suficiente para el sostenimiento de mi casa y el cumplimiento de todas mis obligaciones.

Así viví por espacio de seis ú ocho años, sin ningún pesar que amargara mi existencia, sin ninguna nube que empañara el hermoso cielo que á mi alrededor sonreía, envidioso quizá de mi dicha, si es que ésta se halla en el mundo.

Alegre y contento, veía pasar el tiempo sin pena ninguna en el alma, rodeado de dos hermosos ángeles, que Dios en su bondad infinita me concediera como fruto de bendición de mi matrimonio; hermosos como

esos querubes alados que nosotros pintamos en los cuadros y estampas.

Mi esposa, modelo de mujeres cariñosas y amantes, trabajadoras y honestas, pura y noble, al par que sencilla y hermosa como pocas, (permita usted esta grata satisfacción á un infeliz), era mi única alegría, fuera de mis dos hijos, mi adorado ídolo, el talisman que me resguardaba de todo lo malo y me animaba en mis empresas.

Todas las tardes solía ir, acompañada de nuestros chucuelos, á dar un paseo por los alrededores de la población, en el que brincaban y saltaban con esa alegría peculiar en la niñez: en casi ninguno de estos paseos podía acompañarles, por impedírmelo mis ocupaciones y la abundancia de trabajo que en aquella época tenía, salvo algún día festivo.

Una de esas tardes en que feliz y dichoso esperaba su regreso, pues no les pude acompañar, entraron en mi estudio antes que acostumbraban y ví á mi cariñosa y amante compañe-

ra, toda pálida y temblorosa y presa de una agitación extraordinaria; preguntéle la causa de su azoramiento y pronto regreso, contestando que una indisposición del más pequeño, le habia obligado terminar el paseo antes de tiempo.

Satisfecho con esta contestación, seguí mi tarea sin paramientos en un hombre que fija la mirada en la ventana, parecía querer adivinar lo que el muro ocultaba á su vista.

Pasaron días y días, y las indisposiciones se repetían con una invariabilidad que llamó poderosamente mi atención, é interrogué sobre este particular á mi esposa; pero debí hacerlo de un modo tan poco favorable para ella, que entre lágrimas que me desgarraban el corazón y sollozos que torturaban mi alma, me refirió lo que desde algunos días le pasaba.

Yo, procuré tranquilizarla, diciéndole sería algún monomaniaco y que no debía hacer caso de semejante aprensión; pero fué en vano, porque entonces y señalando á un hom-